

A MARÍA

en la solemnidad del 30 de mayo

Penas del corazón, duro quebranto
Del ánimo y del cuerpo en largo olvido
Me han puesto ya del canto:
Ronca la voz me sale con gemido,
Y del estro divino el rayo ardiente
Ya no me inflama la marchita frente.

¿Y pedirme aún osáis cantos y flores?
¿Y queréis que la lira polvorosa
Resuene con loores
De esta a quien tanto amamos Madre hermosa?
¿Y yo arrojarle a dároslos no dudo,
Con lengua torpe y con el labio rudo?

Nó, no dudo de dároslos. MARÍA,
Amor de mi niñez, luz de mis ojos,
Unica Madre mía,
Permite que a tus plantas hoy, de hinojos,
Rompa el amor filial, si tanto alcanza,
El silencio a mi voz en tu alabanza.

Si nunca al crimen yo, si a vil grandeza
Jamás orgullecí con mis cantares,
Ni a guerrera proeza
Tributé gloria, pueda en tus altares
Sonar mi lira, con tu nombre ufana,
Indocta, humilde, pero no profana.

Ni la impiedad próterva o duda inerte
O indiferencia helada me apagaron,
Con las sombras de muerte,
El sol de viva fe; nunca albergaron,
Como en cavernas, en la mente mía
Miedo y tinieblas, a pesar del día.

Yo creo en ti, y sé que ante el fulgente
Trono do estás, espíritus alados
Postran la inmortal frente;
Y a que a velar tu gloria, meneados
Los áureos incensarios por querubes,
Vuela el incienso celestial en nubes;

Que, de éxtasis divinos poseídos,
Los que la lumbre ven de tu hermosura
Anhelan más sentidos
Para gozar lo bello. Eres tan pura
Que el puro sol y cándidas estrellas
Indignas son de recibir tus huellas.

Sé que tú eres el iris que se ostenta
Deteniendo al nublado en que se inflama
El rayo y la tormenta;
Que eres lucero, y sol, y mar, y llama,
Lirio y rosa del valle, y que los hombres
De cuanto hermoso ven te dan los nombres;

Que a ti llegan con súplica y lamento
Los dolores humanos, y el profundo
Gemido y el tormento
De almas que esconden su dolor al mundo,
Y que tienes de madre, entre mil dones,
De madre amor, de madre los perdones.

Sé... Nada sé, Señora. ¡Quién supiera
Decir lo que eres tú! Corredme el velo
De la celeste esfera;
Dádmela ver como se ve en el cielo,
Y entonces: ¡necio yo! ¿qué hombre podría
Balbucir tus grandezas, oh MARÍA?

¿Cómo te alabaré? ¿Qué necesito
Para agradarte yo? Corazón, toma,
Con ímpetu infinito,
Vuelo de rayo en alas de paloma,
Y flameando amor, arde y recibe
Muerte de amor, y a más amor revive.

Esto grato te fuera, mas las vendas
Terrenas me aprisionan: ¡ay! culpado
Yo también por las sendas
Y las zarzas anduve del pecado,
Y cien veces y mil estampé en ellas,
Como en el polvo del camino, huellas.

Vén, pues, a mí, Señora: una palabra
Dí que me purifique de su escoria
El corazón, y lábra
Un trono en él do estás: así en tu gloria
Se abraze el mundo, y cíñe esa corona,
Galardón prometido al que perdona.

¿Yo qué podré ofrendarte? No diamantes,
Que estrellas mil y mil de la mañana
Y soles rutilantes
Brillos y luz te rinden por peana,
Ni el oro con que dieron viles manos
Paga al pudor y cetro a los tiranos.

¡Ah! ¿qué podré ofrendarte?—Niños, vamos,
Llevadme a la florífera colina,
Donde enlazáis en ramos
Vario clavel con rosa purpurina,
Do para el ara vuestra mano arranca
El lirio azul y la azucena blanca.

En armónica voz y alterna en coro
Con ruido de aguas y de brisas y aves,
Soltad los labios de oro;
Guirnaldas retejed, y aromas suaves
De inocencia infundidles, que yo pío
Lágrimas pondré en ellas por rocío.

¡Ah! cuánto es grato al alma, cuánto hermoso
Gozar vuestra alegría; sienta al menos
Con verla yo, reposo.
Labios que no han mentido, ojos serenos,
Paz sin deseos... ¿Mi paterna estancia
Dó están y la pureza de mi infancia?

Sólo quedan memorias dolorosas,
Cual de prístina esencia al botecillo
Su fragancia de rosas.
No tengo ya ese dón puro y sencillo,
Que a ti, Virgen de vírgenes, agrada
Más que otro dón de la terrena nada.

Sí, sí lo tengo, y dártelo hoy ansío:
Díme, ¿mi hijo adorado que allá tienes
No es el corazón mío?
El fue mi bién, el oro de mis bienes,
Y tú me lo arrancaste en esa amarga
Noche de mi dolor oscura y larga.

Aún recuerdo, Señora, de sus ojos
El sidéreo mirar; aún veq ahora
En ambos labios rojos
Las tintas sonrosadas de la aurora,
Y entre albor de azucenas dulcemente
La inocencia riéndole en la frente.

En exceso le amé: por eso tierna,
Y sin hacerle en el semblante agravios,
Con la leche materna
Y tu nombre dulcísimo en los labios,
Mano de ángel a ti rauda llevólo,
Mi hogar dejando silencioso y solo.

Solo, no silencioso: llena el viento
En vez de su bullicio y su argentina
Voz, la de mi lamento,
Y al morir de la lumbre vespertina
Le llamo por doquiera, y a mi oído
Hiere en respuesta el maternal gemido.

Tú que eres madre y padeciste tanto,
Lo que se ama y se llora al hijo sabes:
¿Y por qué de mi llanto
No te doliste y de mis penas graves?
Con él perdí mi luz, perdí mi calma,
Cuanto es el corazón, cuanto es el alma.

Aun hoy de llanto ciego, y desatando
Con sollozo el aliento en la garganta,
Trémulo voy alzando
El paterno holocausto a tu ara santa.
¡Lo aceptas!... ¡Ah! me embarga de alegría
El gozo de ofrendártelo, MARÍA.

1874.

BELISARIO PEÑA

ESPERANZAS

I

Allá cuando en lontananza comenzaba a perderse el horizonte en donde los ojos se deleitaron tantas veces; en esas apacibles tardes en que los arreboles del crepúsculo vespertino formaban mil caprichosas y fantásticas figuras, ora semejando castillos colosales, ya enormes leones, bien dragones hambrientos; y esas nubes de caprichosos colores, que remedaban abanicos gigantescos: todo eso me cautivaba y todo eso no lo volvería a contemplar; los campos donde Ceres y Pomona han derramado a granel los dones de la abundancia para hacer de esa tierra un paraíso; allí el agua cristalina y abundante para apagar la sed; en todas partes un océano de verdura y esos mil paisajes, que en suma variedad y fertilidad son muestra de los variados dones con que está regalado ese Edén. Allí quedaría la tumba de ese sér sin par, la madre; los sollozos del corazón filial no acompañarían la oración por el alma de la amante madre. Los que tienen fe, aunque sean pobres, tienen el más rico tesoro; pero los que han quedado en la orfandad, ¿qué esperanza tienen? Aquí la de derramar el corazón en la presencia del señor; allá la de volver a ver esos cariñosos ojos y oír esas suaves armonías; pues no otra cosa son las palabras que brotan de los labios maternos, y ya no separarnos más de ella. ¡Felices los que tienen madre y no han sentido rodar por las mejillas las perlas